

conmoverse profundamente las entrañas de la Iglesia? Porque, así como Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad, y así como Cristo vino para salvar lo que había perecido y congregar á los hijos de Dios que estaban dispersos; así la Iglesia constituida por Dios en madre y maestra de los pueblos, se reconoce deudora para con todos, y siempre está dispuesta y pronta á levantar á los caídos, sostener á los que vacilan, abrazar á los que vuelven, confirmar á los buenos y guiarlos á la perfección. Por lo cual en ningún tiempo puede dejar de atestiguar y predicar la verdad de Dios que lo sana todo, no ignorando que se le ha dicho: «El Espíritu mio que está en tí y mis palabras que puse en tu boca, no se apartarán de tu boca desde ahora y para siempre.»

Por eso Nos, siguiendo las huellas de Nuestros Predecesores, y en cumplimiento de Nuestro supremo cargo Apostólico, nunca hemos dejado de enseñar y defender la verdad católica, y de reprobado las doctrinas perversas. Y ahora, sentándose y juzgando con Nos los Obispos de todo el orbe, congregados en el Espíritu Santo por nuestra autoridad, en este Ecuménico Concilio, apoyados en la palabra de Dios escrita y tradicional segun la hemos recibido, santamente conservada y genuinamente expuesta por la Iglesia Católica, hemos determinado enseñar y declarar, en presencia de todos, desde esta Cátedra de Pedro, la saludable doctrina de Cristo, proscribiendo y condenando, con la potestad que Dios nos ha concedido, los errores á ella contrarios.

CAPÍTULO I.

DE DIOS, CRIADOR DE TODAS LAS COSAS.

La santa Iglesia Católica Apostólica Romana cree y confiesa que existe un solo Dios verdadero y vivo, Criador y Señor del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno,

inmenso, incomprendible é infinito en su entendimiento, en su voluntad y en toda perfección; el cual, siendo una sustancia espiritual singular, absolutamente simple é inmutable, debe decirse que es real y esencialmente distinto del mundo, felicísimo en sí y por sí, é inefablemente excelso sobre todas las cosas que fuera de Él existen y concebirse pueden.

Este solo verdadero Dios, por su bondad y omnipotencia, no para acrecentar su felicidad, ni para adquirirla, sino para manifestar su perfección por medio de los bienes que concede á las criaturas, y por sola su libérrima voluntad, crió de la nada desde el principio de los tiempos las dos clases de criaturas, espirituales y corporales; á saber, la angélica y la mundana; y luego la humana, que, como constituida de espíritu y de cuerpo, es en cierto modo comun á ambas.

Y todo esto que Dios ha criado, lo conserva y gobierna con su providencia, abarcando fuertemente del uno al otro confín y disponiendo todas las cosas con suavidad; porque todas están desnudas y claras ante sus ojos, áun aquellas que han de suceder por la acción libre de las criaturas.

CAPÍTULO II.

DE LA REVELACION.

La misma santa Madre Iglesia cree y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido ciertamente con la luz natural de la razón humana por medio de las criaturas: porque las cosas invisibles de Dios se hacen inteligibles á la criatura del mundo por las obras que el mismo Dios ha hecho. Sin embargo plugo á su sabiduría y bondad revelarse Él mismo al género humano, y revelar también los eternos decretos de su voluntad por otro medio diverso y sobrenatural, conforme á lo que dice el Apóstol: «Dios, que en otro tiempo habló á nuestros

padres en muchas ocasiones y de muchos modos por medio de los Profetas, nos ha hablado últimamente en nuestros dias por medio de su Hijo.»

A esta divina revelacion es debido, en verdad, que aun en el estado presente del humano linaje puedan todos conocer con claridad, firme certidumbre y sin mezcla alguna de error, las cosas divinas, que no son de suyo inaccesibles á la razon humana. De lo cual, empero, no debe inferirse que la revelacion sea absolutamente necesaria, sino en cuanto Dios por su bondad infinita ordenó el hombre á un fin sobrenatural, que es, la participacion de los bienes divinos, que exceden totalmente la inteligencia del alma humana; puesto que «ni el ojo del hombre ha visto, ni su oreja ha oido, ni ha podido apetecer jamás su corazon lo que Dios tiene preparado para aquellos que le aman.»

Esta sobrenatural revelacion, segun la fe de la Iglesia universal, declarada por el santo Concilio de Trento, se halla contenida en los libros escritos y en las tradiciones no escritas, que, recibidas por los Apóstoles de boca del mismo Cristo, ó dictadas á los mismos por el Espíritu Santo y trasmitidas como por la mano, han llegado hasta nosotros. En cuanto á los libros, tanto los del Antiguo como los del Nuevo Testamento, deben ser de todos recibidos como sagrados y canónicos, integros, con todas sus partes, como se mencionan en el decreto del mismo Concilio, y se ven en la antigua edicion latina de la Vulgata. Pero la Iglesia los tiene por sagrados y canónicos, no porque los haya aprobado con su autoridad, aunque hubiesen sido compuestos por industria humana, ni tan sólo porque contienen la revelacion sin error; sino porque, escritos bajo la inspiracion del Espíritu Santo, tienen por autor á Dios, y como tales han sido á la misma Iglesia confiados.

Y por cuanto algunos entienden mal lo que, para reprimir á ingenios petulantes, tan saludablemente decretó el santo Concilio Tridentino acerca de la interpreta-

cion de la divina Escritura, Nos, renovando el mismo decreto, declaramos que la mente del Concilio es, que, en las cosas de fe y costumbres que conciernen á la edificacion de la doctrina cristiana, haya de tenerse por sentido verdadero de la sagrada Escritura el que ha entendido y entiende la santa Madre Iglesia, á quien pertenece determinar el verdadero sentido é interpretacion de las sagradas Escrituras; y que por tanto á nadie es lícito interpretarla en sentido contrario, ni contra el unánime consentimiento de los Padres.

CAPÍTULO III.

DE LA FE.

Dependiendo el hombre enteramente de Dios, como de su Criador y Señor, y estando la razon creada, subordinada en todo á la Verdad increada, síguese que estamos obligados á prestar con la fe un completo homenaje de nuestro entendimiento y voluntad á Dios revelador. Y esta fe, que es el principio de la salvacion del hombre, enseña la santa Iglesia Católica que es una virtud sobrenatural, con la que, inspirados por Dios y ayudados de su gracia, creemos que son verdaderas las cosas que Él nos ha revelado, no por haber penetrado la verdad intrínseca de las cosas con la luz de la razon natural, sino por la autoridad de Dios que las revela, el cual ni puede equivocarse ni engañarnos. Porque la fe, segun el Apóstol, es el fundamento de las cosas que han de esperarse y la razon de las que no se ven.

Sin embargo, para que el obsequio de nuestra fe fuese conforme con la razon, quiso Dios agregar á los interiores auxilios del Espíritu Santo pruebas exteriores de su revelacion; á saber, ciertos hechos divinos, y entre ellos principalmente los milagros y profecías, que, demostrando con toda certeza la omnipotencia é infinita ciencia de Dios, son señales certísimas de la divina revelacion aco-

modadas á la capacidad de todos. Por eso Moisés y los Profetas, y especialmente Cristo nuestro Señor, hicieron muchos y muy manifiestos milagros y profecías. Y de los Apóstoles se lee: «Se fueron y predicaron por todas partes, ayudándolos Dios y confirmando su predicacion con milagros.» Y en otra parte está escrito: «Tenemos un testimonio más firme en la palabra de los Profetas, al cual haceis bien en atender, como antorcha que brilla en un lugar oscuro.»

Mas, aunque el asentimiento de la fe no sea un movimiento ciego del alma, nadie puede sin embargo adherirse á la predicacion del Evangelio, como es menester para salvarse, sin la iluminacion é inspiracion del Espiritu Santo, que mueve á todos suavemente á consentir y creer la verdad. Por lo que la fe misma en sí, aun cuando no obra por la caridad, es don de Dios, y su acto una obra perteneciente á la salvacion, en cuanto por él presta el hombre á Dios libre obediencia, consintiendo y cooperando á su gracia, á la cual podria resistir.

Deben, pues, creerse con fe divina y católica todas las cosas contenidas en la palabra de Dios, escrita ó transmitida por tradicion, y que la Iglesia, bien sea por un juicio solemne, bien por su magisterio ordinario y universal, propone para creer como divinamente reveladas.

Y por cuanto sin la fe es imposible agradar á Dios y llegar á tener parte entre sus hijos, por eso nadie sin ella se ha justificado jamás, ni conseguirá tampoco la vida eterna, si no perseverare en ella hasta el fin. Para que pudiésemos, pues, cumplir la obligacion de abrazar la verdadera fe y de perseverar en ella constantemente, Dios por medio de su Hijo unigénito fundó la Iglesia, dotándola de manifiestas señales que la acreditan de institucion suya, á fin de que todos pudieran reconocerla por guarda y maestra de la palabra revelada. Pues á sola la Iglesia católica convienen las cosas tan abundante y maravillosamente dispuestas por Dios para hacer evidente la credibilidad de la fe cristiana. Y lo que es más, esta Iglesia por

sí misma, esto es, por su admirable propagacion, por su eminente santidad y fecundidad inagotable en toda suerte de bienes, por su unidad católica y su estabilidad indestructible, es un grande y perpetuo motivo de credibilidad, y un testimonio irrefragable de su divina mision.

De suerte que ella es como una bandera levantada á la faz de las naciones, que á un mismo tiempo llama á sí á los que hasta ahora no han creído, y convence á sus propios hijos de que la fe que profesan está asentada sobre firmísimo fundamento. Pero á este testimonio se agrega el auxilio eficaz del poder divino. Porque el Señor muy misericordioso excita y ayuda con su gracia á los extraviados, para que puedan venir al conocimiento de la verdad; y á los que desde las tinieblas ha trasladado á su admirable luz, confírmalos en ella con su gracia, no abandonándolos, si ellos antes no le abandonan. Por donde se ve cuán diversa es la suerte de los que por el don celestial de la fe se han adherido á la verdad católica, y la de aquellos que, guiados de opiniones humanas, siguen una falsa religion; pues aquellos que abrazaron la fe bajo el magisterio de la Iglesia, nunca pueden tener motivo justo para abandonar ó poner en duda su fe. Y, pues, esto es así, dando gracias á Dios Padre, que nos hizo dignos de participar con su luz de la herencia de los santos, procuremos no despreciar tan gran salud, antes bien poniendo nuestros ojos en Jesús, autor y consumidor de la fe, conservemos inconcusa la confesion de nuestra esperanza.

CAPÍTULO IV.

DE LA FE Y LA RAZON.

El perpetuo consentimiento de la Iglesia católica ha profesado tambien y profesa que existen dos órdenes de conocimientos distintos, no sólo por su principio, sino tambien por su objeto: por su principio, porque en el uno

conocemos con la luz natural, y en el otro por la fe divina; y por el objeto, porque se nos proponen para creer no solamente aquellas cosas que la razon natural puede llegar á conocer, sino misterios ocultos en Dios, de que sólo podemos tener conocimiento por la divina revelacion. Por eso el Apóstol que asegura que por las cosas criadas conocieron los gentiles á Dios, dice sin embargo, hablando de la gracia y de la verdad que nos fué traída por Jesucristo: «Anunciamos la sabiduría de Dios en el misterio, la sabiduría oculta que Dios antes de los siglos predestinó para nuestra gloria, y que ninguno de los grandes de este siglo ha conocido, pero á nosotros nos la ha revelado Dios por su Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun los arcanos del mismo Dios.» Y el mismo Unigénito glorifica al Padre, porque ocultó estas cosas á los sabios y prudentes, y las ha revelado á los pequeñuelos.

Y en verdad, cuando la razon ilustrada por la fe discurre atenta, piadosa y sobriamente, alcanza con el favor de Dios alguna inteligencia de los misterios, que le sirve de mucho, ya arguyendo por la analogía de las cosas que conoce naturalmente, ya por el enlacede de los mismos misterios entre sí y con el último fin del hombre; nunca sin embargo será capaz de conocerlos al modo que conoce las verdades que son objeto propio de la misma razon. Porque los divinos misterios de tal suerte exceden por su naturaleza el entendimiento criado, que, aun enseñados por la revelacion y recibidos por la fe, quedan todavía cubiertos con el velo de la fe misma, y como envueltos en cierta oscuridad, mientras peregrinamos ausentes del Señor en esta vida mortal, pues caminamos á Él por la fe y no por vision.

Pero, aunque la fe sea superior á la razon, nunca puede haber oposicion verdadera entre una y otra, pues que el mismo Dios que revela los misterios é infunde la fe, ha dado al alma humana la luz de la razon, y Dios no puede negarse á sí mismo, ni una verdad contradecir á otra

verdad. La engañosa apariencia de esta contradiccion procede de que, ó los dogmas de la fe no han sido entendidos y explicados segun la mente de la Iglesia, ó de que se dan por verdades inconcusas de la razon opiniones arbitrarias y sin fundamento. Definimos, pues, que toda asercion contraria á una verdad bien entendida de la fe es absolutamente falsa. La Iglesia, que juntamente con el cargo apostólico de enseñar ha recibido el mandamiento de custodiar el depósito de la fe, tiene tambien de Dios el derecho y la obligacion de proscribir la falsa ciencia, á fin de que nadie sea engañado por una filosofía vana y falaz. Por lo que todos los fieles cristianos no sólo no pueden defender como conclusiones legítimas de la ciencia esas opiniones que conocen ser contrarias á la doctrina de la fe, especialmente cuando la Iglesia las ha reprobado ya; sino que deben tenerlas y reputarlas absolutamente como errores, encubiertos con la apariencia de verdad.

Y no sólo no pueden disentir jamás entre sí la fe y la razon, sino que antes bien se auxilian una á otra; por cuanto la recta razon demuestra los fundamentos de la fe, é ilustrada por ésta cultiva la ciencia de las cosas divinas; y á su vez la fe libra y preserva de errores á la razon y la enriquece con diferentes conocimientos. Por esta causa lejos de oponerse la Iglesia al cultivo de las artes y ciencias humanas, las fomenta y promueve de muchas maneras. Porque no desconoce ni tiene en poco las ventajas que reportan para la vida humana, y confiesa por el contrario que estas artes y ciencias, trayendo su origen de Dios, que es el Señor de las ciencias, conducen tambien á Dios, mediante el auxilio de su gracia, si son cultivadas como es debido. Ni prohíbe la Iglesia tampoco que estas ciencias usen de sus principios propios y método propio, cada una dentro de su esfera; pero, reconociendo esta justa libertad, precave con todo cuidado que no caigan en errores, desentendiéndose de la enseñanza divina, ni invadan y perturben lo que es del dominio de la fe, saliéndose de sus propios límites.

Y en verdad la doctrina de la fe, que Dios ha revelado, no ha sido propuesta á los ingenios humanos, como un descubrimiento filosófico, susceptible de perfeccionarse, sino entregada á la Esposa de Cristo, como un depósito divino, para ser fielmente custodiada é interpretada de una manera infalible. De donde se infiere que una vez declarado por la santa Madre Iglesia el sentido de los dogmas, debe ser conservado perpetuamente, sin que sea lícito apartarse de él en ningun tiempo, bajo el título ó pretexto de una más elevada inteligencia. Crezca, pues, y progresa enhorabuena el talento, la inteligencia, la ciencia, el saber de todos y cada uno de los hombres, de cada individuo como de toda la Iglesia, durante el curso de las épocas y de los siglos; pero sea solamente en su especie, es decir, dentro de la misma doctrina, del mismo sentido y de la misma sentencia.

CÁNONES.

I.

DE DIOS CRIADOR DE TODAS LAS COSAS.

1.º Si alguno negare que hay un solo Dios verdadero, Criador y Señor de todas las cosas visibles é invisibles; sea anatema.

2.º Si alguno no se avergonzare de afirmar que fuera de la materia no existe ninguna cosa; sea anatema.

3.º Si alguno dijere que es una sola é idéntica la substancia ó esencia de Dios y la de todas las cosas; sea anatema.

4.º Si alguno dijere que las cosas finitas, así corporales como espirituales, ó por lo menos las espirituales, son *emanaciones de la divina substancia*;

Ó que la esencia divina, manifestándose y desenvolviéndose en sí misma, se hace todas las cosas;

Ó finalmente que Dios es un sér universal é indefinido, que determinándose á sí mismo constituye el universo en sus distintos géneros, especies é individuos; sea anatema.

5.º Si alguno no confiesa que el mundo y todas las cosas espirituales y materiales que hay en él, han sido producidas por Dios de la nada, segun toda su substancia;

Ó dijere que Dios no las creó con voluntad enteramente libre, sino tan necesariamente como se ama á sí mismo;

Ó que el mundo no ha sido hecho para gloria de Dios; sea anatema.

II.

DE LA REVELACION.

1.º Si alguno dijere que Dios uno y verdadero, Criador y Señor nuestro, no puede ser conocido ciertamente por la luz natural de la razon humana, por medio de las cosas creadas; sea anatema.

2.º Si alguno dijere que no es posible ó conveniente que el hombre sea instruido por medio de la revelacion acerca de Dios y del culto que se le debe dar; sea anatema.

3.º Si alguno dijere que el hombre no puede ser levantado por Dios á un conocimiento y perfeccion sobrenatural, sino que por sí mismo, mediante un progreso continuado, puede al fin y debe llegar á la posesion de toda verdad y de todo bien; sea anatema.

4.º Si alguno no recibiere por sagrados y canónicos los libros de la Sagrada Escritura, íntegros con todas sus partes, segun los enumeró el santo Concilio Tridentino, ó negare que son inspirados por Dios; sea anatema.

III.

DE LA FE.

1.º Si alguno dijere que la razon humana es de tal suerte independiente, que Dios no puede mandarle la fe; sea anatema.